

El que modela cada brizna de hierba

Gabriel Ríos

ERA UNA ÉPOCA EN LA QUE TODO PARECÍA BUENO. No había diferencia entre el cielo y la tierra. La estrella más distante y esa cabellera roja provocaban una conmoción, pero más que ello, el concepto spinoziano. Nos hacía sentir, lo que siempre había querido de niño, a Dios con atributos infinitos. Ahora que han pasado tantos años, y como en su momento le pareció a Isaac Bashevis Singer, en su libro autobiográfico *En el tribunal de mi padre*, y con más fuerza en su libro de cuentos *Un amigo de Kafka*, me quedé con el relato “La llave”, que en las manos artríticas de la anciana egoísta, quien se ha quedado sola, imaginaba tonterías. En fin, sin tener ningún tipo de relaciones de pronto se encuentra en la calle, por haberse quebrado la llave en la puerta de su casa. Al sentirse en el más profundo de los abandonos, encuentra que los que consideraba enemigos son personas que le ayudan, como es el caso del portero que abre la puerta o la vecina que le había guardado la leche, que había dejado abandonada.

Curiosamente, la mujer quedó aliviada de haber andado por las calles de Riverside Drive, hasta agotarse, y exhausta descansó y dormitó en las escaleras de una iglesia. Al despertar le vino una reflexión de Sam, su esposo fallecido, el que siempre la buscó, como si fuera una doncella. Bessie Popkin, en la vigilia, habló con ese caballero judío, dándole un sentido distinto a la literatura, quizás una reinterpretación de la Torá.

Acerca de ello, en los años sesenta, Jacques Lacan analizaría los síntomas de quien precisamente con el desfase de lo aparentemente real, e incluso de lo imaginario, por lo reluciente del símbolo de esa luz de la luna, se encontraría al final del camino. Es decir, Bessie se

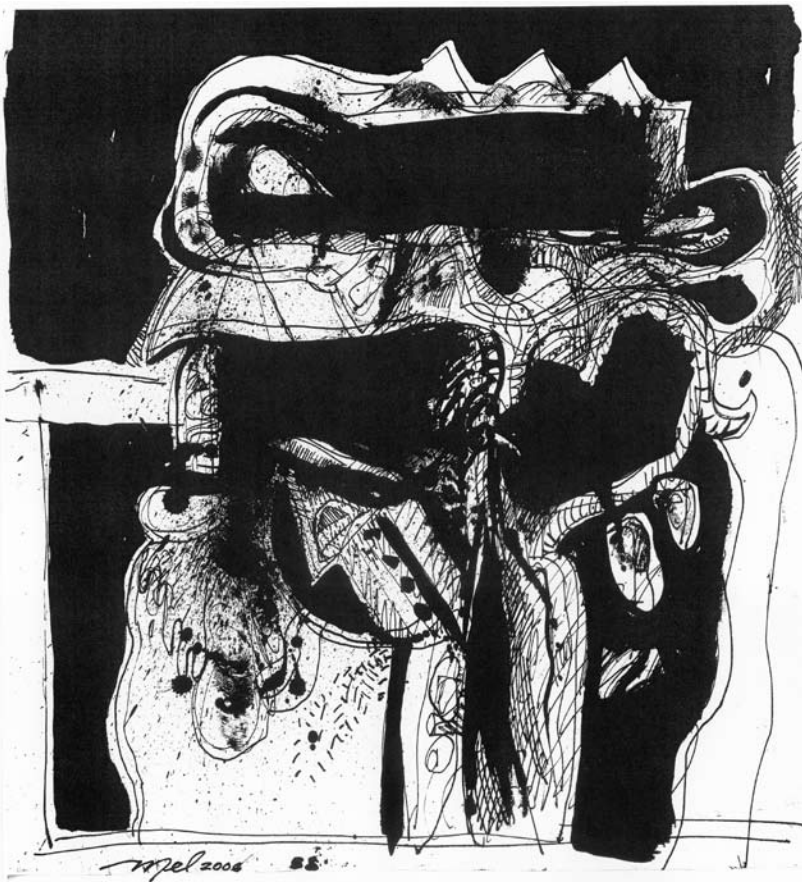
habría convertido en una muchacha, que miraba el cortejo y escuchaba murmullos de canciones.

Por supuesto que Isaac Bashevis Singer pensaba en quimeras, pero también en las contradicciones del caso, pues el pasado es de aquel que se había quedado con una mujer loca, por lo que se traba cuando el amor es persistente y el trabajo para el hombre es superior a sus fuerzas. ¿Cuánto sabía Sam de las transgresiones sobre transgresiones? De hecho siempre fue el orgullo que antecedió a la caída. Había huído del sueño de Bessie.

Sin embargo, no dejaría de pensar, de obsesionarse de ello. Se preguntaría ¿qué hacer con el cuerpo y los deseos? No dejemos de lado, admite Singer, que la ambigüedad de las religiones provoca culpa, adulterio, pecado, masturbación metafísica. Claro que el sufrimiento envilece y se justifica con la frase del origen divino del deseo.

Forzosamente tendría que ver con la lucha encarnizada que tiene consigo la heroína, que al casi morir le quedan a la vista los verdes profundos y luminosos de los árboles. Para poder explicar un fragmento del símbolo, Lacan recurre a la obra de Ferdinand de Saussure. Lo hace empalmándola con las alucinaciones.

Isaac Bashevis Singer no fue presa de la captura, de los espejismos, no desperdició oportunidades, ni jugó con sus pasiones. Es cierto que sus cuentos y sus novelas conservan las características del ser moral, con la consabida frustración del goce consciente, y es verdaderamente increíble lo que vemos a través de sus ojos: bosques, profecías, arroyos. Pudieron haber sido historias de honor, fantásticas, pero lo fueron mucho más de la inteligencia.



Por eso decimos que Sam murió en el vértigo de Bessie, esa mujer que lo contrariaba. Escuchamos que con ironía se apoderaba del joven. A una edad avanzada el viejo Sam había elegido, con la ayuda de su experiencia, la paz de las flores, el cielo caliente que se abovedaba en el horizonte. El trofeo por su valentía fue la soledad en donde se encuentra la naturaleza, es decir, la Dama Blanca, encarnada en sí mismo. Es por eso que quedó protegido de la oscuridad en la que se quedaron los demás, dentro del relato y fuera de él.

Alejado del *álgama*, término inventado por Lacan, refiriéndose a los caídos en lo perverso, nada más tendríamos que recordar que el hombre nunca fue bocado para Bessie, porque mucho tiempo atrás miró en un sueño al padre anterior a la aparición de la Ley. No podría ser de otra manera.

Por poner algunos ejemplos, la autobiografía de Bashevis Singer o quizá su maravillosa narración *El esclavo*, donde una pareja, Jacob y Wanda —en el marco del siglo XVII, en Polonia, ahí donde se gestó una de las masacres del pueblo judío nada más comparable a la que sucedió tres siglos más tarde en la Alemania nazi—, conciben el amor pasional como un milagro, de ese Dios eterno y poderoso, existente antes de la Creación, de mano invisible, el que modela cada tallo, brizna de hierba, mariposas que lucen en sus alas un dibujo exclusivo, y pájaros que cantan con voz aterciopelada y única. •

GABRIEL RÍOS es escritor. Sus colaboraciones han aparecido en los suplementos *La Jornada Semanal (La Jornada)* y *El Ángel (Reforma)*, así como en la extinta revista *Equis*.